

CLAVES PSICOLÓGICAS DE LA SATISFACCIÓN FAMILIAR DE LOS JÓVENES

La última década ha sido testigo de un considerable retraso en la edad en que los jóvenes españoles abandonan su hogar de origen. Con los datos y encuestas más recientes, resulta evidente que, desde 1984 hasta nuestros días, se ha producido un enorme incremento en la proporción de jóvenes que viven en casa de sus padres, al tiempo que se ha duplicado el número de ellos que manifiesta una completa dependencia económica de los mismos. No debe creerse que este fenómeno se produce exclusivamente en los sujetos comprendidos entre los 16 y 25 años, antes bien, aparece de forma más acusada y resulta más llamativo en la población joven de mayor edad (la comprendida entre los 25 y 30 años), pues, hace tan sólo diez años, este segmento de población había iniciado ya, de forma mayoritaria, una vida independiente.

No es la intención de este artículo presentar las posibles causas de esta situación, descritas ya en otro número de esta misma revista (ver *Diálogo familia-colegio* n° 202, pp. 17-24). El propósito radica ahora en analizar las consecuencias sobre la satisfacción sentida por los jóvenes de esta nueva realidad familiar, así como referir las variables que pueden afectar a la misma. Es decir, se trata de dar respuesta a preguntas como las siguientes: *¿supone para los jóvenes maduros (ya superada la veintena) una fuente de satisfacción seguir conviviendo con los padres?, ¿se generará, por contra, un clima más enrarecido en el hogar?, ¿qué variables provocan que esta cohabitación se viva de forma gratificante?*

Si tanto padres como hijos se ven, en la mayoría de los casos, impotentes para cambiar la situación —pues sus causas guardan relación fundamentalmente con una realidad social y económica adversa—, saber dar respuesta a las preguntas anteriores se torna una labor de suma importancia. Quizás no pueda evitarse que hijos y padres convivan juntos cada vez más y más años, pero si se conocen las variables que facilitan una buena adaptación a las circunstancias actuales, entonces se dispondrá de algunas claves para ofrecer un consejo y una ayuda más eficaces a las familias.

Las respuestas que van a ofrecerse a tales cuestiones, y que forman mayoritariamente el contenido de este artículo, proceden de una investigación, publicada en 1997, firmada por el autor de estas mismas líneas y que consta en la bibliografía. Cualquier aclaración y justificación de los resultados aquí expuestos podrá encontrarse en esa referencia.

¿ES MAYOR LA SATISFACCIÓN FAMILIAR DE LOS JÓVENES EMANCIPADOS?

Antes de nada, debe señalarse que, de forma muy generalizada entre la población juvenil, la satisfacción familiar predomina claramente sobre la insatisfacción. De los resultados obtenidos a partir de una muestra (predominantemente universitaria) de sujetos entre 20 y 30 años, lo primero que debe resaltarse es que —al igual que se ha constado en muchos otros estudios con grupos de edad equivalente— la familia es un valor fundamental (el primero) y la inmensa mayoría de los jóvenes está *muy satisfecho* con su vida familiar.

Si se compara la satisfacción familiar entre jóvenes que ya han salido de casa con la de aquellos que todavía viven con sus padres, los análisis estadísticos ofrecen un resultado que quizás pueda sorprender: **no aparecen diferencias significativas en la satisfacción familiar de ambos grupos**. Por tanto, **marcharse de casa no implica, de forma directa, un aumento la satisfacción familiar**.

Además, tampoco resulta relevante que la salida de casa se produzca a través del **matrimonio**. Los jóvenes que se casan no ven mejorada necesariamente su relación con los padres. Por supuesto, y así lo demuestran varios estudios, los primeros años de casados son particularmente gratificantes para la joven pareja, pero esto no entraña que mejoren sustancialmente sus relaciones con la familia de origen. Es decir: tras el matrimonio —y de forma mucho más notable en los cuatro años siguientes al inicio de la vida en común— se incrementa la satisfacción vital o general de los cónyuges, pero no su satisfacción con respecto a las relaciones

con los padres.

Por otro lado, el **sexo al que se pertenece** no es una variable que determine una mayor o menor satisfacción cuando se abandona la casa paterna. En realidad, hombres y mujeres no difieren significativamente en su satisfacción familiar, ni entre los que continúan conviviendo con sus padres ni entre aquellos que ya se alejaron del nido paterno.

Otros factores que tampoco han demostrado poseer particular relevancia para dar cuenta de la satisfacción familiar de los jóvenes, vivan o no con sus padres, son: el **tipo de familia** (que se categorizó como: *intacta o tradicional*, es decir, con los dos padres conviviendo juntos; o *separada*: convivencia sólo con uno de los padres, ya sea por divorcio o fallecimiento), la **edad de los hijos** (más cercanos a los 20 años o más próximos a los 30), y el **número de personas que viven en la casa** (una vez controlado el posible efecto del tamaño del hogar). En todos los casos las diferencias en la satisfacción familiar no resultaron significativas.

En síntesis, las variables de tipo demográfico (edad, sexo, tipo de familia, número de convivientes), no parecen guardar una relación directa con la satisfacción familiar de los hijos. La situación de emancipación o no emancipación no se muestra eficaz para pronosticar unas buenas o malas relaciones entre los jóvenes (de 20 a 30 años) y sus padres, con independencia de que la salida del hogar se haya producido mediante el matrimonio.

¿CUÁLES SON LAS VARIABLES QUE SÍ AFECTAN A LA SATISFACCIÓN FAMILIAR DE LOS JÓVENES?

Si las variables que se han mencionado hasta ahora resultan irrelevantes (siempre de acuerdo con el estudio base del que se parte), cabe plantearse qué factores son los que realmente afectan a la satisfacción familiar de los jóvenes.

Existe una serie de aspectos que los investigadores de la psicología familiar han encontrado repetidamente entre las familias con mayor índice de conflictividad. Estos aspectos no son demográficos, como los anteriores; podrían quizá definirse como «psicológicos» y guardan más relación con el *funcionamiento* de la familia que con su *estructura*. Nos referimos a la cercanía afectiva, la flexibilidad y la comunicación familiares.

a) **La cercanía afectiva familiar** podría definirse como el grado en que los miembros de una familia se sienten unidos entre sí. Esta unión implica tanto un apoyo emocional, cuanto un sentimiento de afecto o cariño que conlleva un bienestar por el hecho de estar juntos. La cercanía afectiva se vincula con el grado de calidez que aporta la familia. Este aspecto de la vida en común parece encontrarse estrechamente ligado a la satisfacción familiar de los jóvenes, tanto entre aquellos que se han emancipado como entre aquellos que continúan viviendo con sus padres. Además, es una variable que resulta tan importante para los hombres como para las mujeres. En todos los casos sabemos, gracias a los estudios experimentales, que aquellos sujetos en cuyas familias se perciba una cercanía afectiva, igualmente manifestarán, con una gran probabilidad, sentirse muy satisfechos con su vida familiar.

La cercanía afectiva familiar y la satisfacción familiar se hallan estrechamente vinculadas, pero no deben confundirse. La satisfacción es un producto de la cercanía —junto con otras variables— y no un mero trasunto de ella. La satisfacción se entiende como una *respuesta afectiva* que se genera al evocar la propia familia, mientras que la cercanía afectiva se refiere exclusivamente a la percepción de que los miembros de una familia están unidos entre sí. El sentimiento de estar unidos, formar una familia, etcétera, propicia el que uno se sienta satisfecho porque el contacto entre los miembros resulta gratificante y la buena voluntad y el entendimiento mutuos se anteponen en cualquier situación.

b) El segundo aspecto que se refería era la **flexibilidad familiar**. Con ella se hace referencia a la posibilidad de *cambio* en el comportamiento de los miembros. Toda familia establece unas normas de relación, una forma de actuar frente al mundo exterior y frente a los mismos miembros, que

puede clasificarse como más bien rígida (o invariable) o más bien flexible (o variable). Este patrón de comportamiento regulará cuestiones como las responsabilidades y tareas en el hogar, el tratamiento entre miembros de distintas generaciones, el respeto mutuo, la disciplina, el tono de seriedad en la casa, y muchos otros aspectos de la convivencia. La flexibilidad es una variable absolutamente crucial para dar cuenta de la satisfacción familiar de los jóvenes; y tanto es así que puede afirmarse que la satisfacción y la flexibilidad guardan entre sí la más estrecha relación: los jóvenes que reconocen una mayor flexibilidad en sus familias son los mismos que manifiestan más alta satisfacción familiar. De nuevo este resultado se replica tanto en hombres como en mujeres.

No debería resultar extraño que para los jóvenes sea tan fundamental el problema de la reglamentación en el hogar y se muestren tan sensibles a ella. Según los hijos van creciendo y, normalmente, ya desde la adolescencia, el tema de la regulación y control por parte de la familia va cobrando cada vez mayor trascendencia. El paso desde esquemas rígidos y dirigidos, propios de la infancia, a otros más flexibles, según los hijos adquieren mayor edad, se impone como un medio para conseguir la funcionalidad en la familia, así como la satisfacción de los jóvenes. Si dentro de la flexibilidad familiar se incorpora, como de hecho debe hacerse, el respeto por las opiniones del joven respecto al funcionamiento en distintas áreas del hogar, resultará aún más clara la trascendencia de esta dimensión.

c) Finalmente, un factor que también resulta necesario añadir es la **comunicación familiar**. Efectivamente, el intercambio de información entre los miembros de una familia puede conceptuarse como un elemento capital para que, entre los jóvenes y sus padres, predomine la satisfacción sobre la insatisfacción. Una buena comunicación familiar se entiende aquí como la capacidad para dirigir mensajes claros, sin sobrentendidos o ambigüedades (también, y muy especialmente, cuando se comunican emociones o sentimientos) y directos, es decir, sin intermediarios entre emisor e interlocutor (esto es, se evitan frases como: «Dile ya de una vez a tu hijo que limpie su habitación» cuando el hijo está presente y lo escucha perfectamente...). La importancia de la comunicación de cara a la satisfacción familiar es destacada, pero —de acuerdo con los datos aportados por la investigación— no tanto como la de las dos variables anteriores (cercanía afectiva y flexibilidad). Por otro lado, en este caso sí aparecen algunas diferencias entre hombres y mujeres: para éstas últimas se vuelve un aspecto algo más importante. Ahora bien, como en las ocasiones anteriores, es relevante tanto para jóvenes emancipados como no emancipados. Se mencionará, para concluir este apartado, que una buena comunicación familiar es la base para resolver problemas puntuales y llegar a solucionar los inevitables conflictos intrínsecos a toda convivencia.

A MODO DE RESUMEN (Y POR SU UTILIDAD PRÁCTICA)

De todo lo expuesto podemos concluir que el hecho de permanecer en casa durante bastante más tiempo que hace unos años no es, de por sí, un factor que altere necesariamente la convivencia familiar. En realidad, los jóvenes que viven con sus padres se encuentran —y así lo manifiestan— bastante satisfechos (y es posible que esta misma satisfacción retrase su salida). Las relaciones familiares no empeoran por la permanente presencia de los hijos en el hogar (con independencia, tal y como se ha comprobado, de la edad, el sexo, o la estructura y circunstancias de la familia), sólo se enrancian si se percibe una baja cercanía familiar y una escasa flexibilidad.

De esta forma, puede afirmarse —siempre con los datos de estudios muy determinados— que en el núcleo de la satisfacción familiar se encuentran dos aspectos básicos: la sensación de que la propia familia es capaz de ser flexible, de adaptarse a las cambiantes circunstancias vitales y de modificar sus estructuras de poder (seguramente, el incorporar al joven en la dirección del hogar y el tomarle en cuenta); y la percepción de una unión familiar estrecha, de un «sentimiento de familia», de un firme apoyo emocional entre los miembros.

Por tanto, a la hora de promover y explicar la satisfacción familiar de los jóvenes que viven con sus padres, puede confiarse en la conjunción de estos dos factores. La ayuda ante

convivencias insatisfactorias pasa por disminuir la rigidez en el comportamiento de los miembros de la familia según los hijos se hacen mayores, y por no permitir que disminuyan los sentimientos de afecto y unión mutuos. Seguramente, se facilitará la consecución de estos objetivos por medio de la mejora de la comunicación familiar (tal y como antes se definió), que muy bien podría entenderse como un factor propiciatorio o facilitador de los dos aspectos anteriores, un camino para alcanzarlos.

Las líneas anteriores son, básicamente, una síntesis sobre algunos conocimientos actuales respecto a la satisfacción familiar de los jóvenes mayores. Sin duda, queda ahora por conocer qué factores son los más importantes para explicar la satisfacción de los padres ante esta situación de convivencia prolongada. No cabe duda de que la satisfacción de hijos y progenitores se ve mutuamente influida, por lo que un análisis desde la perspectiva de los padres resulta imprescindible para completar la pintura aquí ofrecida.

Jorge Barraca Mairal
Doctor en Psicología

BIBLIOGRAFÍA:

ALBERDI, I. (1995). *Informe sobre la situación de la familia en España*. Madrid: Ministerio de Asuntos Sociales.

BARRACA, J. (1997). *Permanencia de los jóvenes en el hogar paterno: estudio de su satisfacción familiar desde un modelo integrador*. Tesis Doctoral. Madrid: Universidad Pontificia Comillas.

IGLESIAS DE USSEL, J. (1994). Las relaciones familiares de los jóvenes. En M. Juárez (Dir.) *V Informe sociológico sobre la situación social en España*. Madrid: Fundación Foessa.

MARTÍN SERRANO, M. (1997). *Informe Juventud en España 1996*. Madrid: Instituto de la Juventud.